

Irene Andres-Suárez (ed.) *Antología del microrrelato español (1906-2011). El cuarto género narrativo*. Madrid: Cátedra, 2012. 525 p.

La proliferación de antologías colectivas a ambos lados del Atlántico ha contribuido de manera notable a la difusión, consolidación y canonización del microrrelato escrito en español. En España se han publicado unas cincuenta antologías entre 1990 y 2012, aunque son algunos menos los volúmenes que reflejan un cierto conocimiento del género y que, por tanto, pueden considerarse muestras válidas del mismo. Sin embargo, hasta el momento ninguna de estas antologías ofrecía un corpus suficientemente representativo del microrrelato español, ya que lo más frecuente es que este apareciera diluido en el microrrelato hispánico.

En este panorama, el último libro de la profesora Irene Andres-Suárez, *Antología del microrrelato español (1906-2011). El cuarto género narrativo* —publicado por la prestigiosa editorial Cátedra, referente indiscutible en la divulgación de clásicos literarios anotados—, supone una obra definitiva y esclarecedora en que se aúna el estudio del microrrelato y, en concreto, de la historia del microrrelato español, con una cuidada selección de textos que muestra su evolución, diversidad y vitalidad en España. Es decir, esta obra viene a llenar un vacío inexplicable en la sistematización de la historia del microrrelato español, ya que, a diferencia de lo que ha ocurrido en muchos países de Hispanoamérica, el interés de investigadores y antólogos por la identidad y la trayectoria del microrrelato nacional ha sido tardío y fragmentario.

No está de más recordar la dilatada y fructífera labor investigadora de Irene Andres-Suárez en torno al microrrelato. Como se puede comprobar en la selección bibliográfica incluida en este volumen, desde un tempranísimo artículo, “Notas sobre el origen, trayectoria y significación del cuento brevísimo” (1994), ha ofrecido múltiples

aportaciones teóricas sobre el género y ha realizado importantes calas críticas en la narrativa hiperbreve de escritores españoles como Antonio Fernández Molina, Javier Tomeo, Luis Mateo Díez, Julia Otxoa, Hipólito G. Navarro, Juan José Millás, José María Merino o Juan Pedro Aparicio, entre otros. A estas facetas añade ahora la arriesgada tarea de elaborar una antología.

El título del volumen es toda una declaración de principios, como ya apuntó Fernando Valls en “Érase una vez un chispazo”, reseña de esta obra aparecida en el suplemento cultural *Babelia* (21/07/2012). En primer lugar, se elige el término microrrelato frente a otras denominaciones —microficción, minificción— que designan una categoría poligenérica. Además, el empleo del adjetivo “español” y el lapso temporal que se indica (1906-2011), restringe los criterios geográfico y cronológico de su selección y expresa claramente la intención de diferenciarlo del hispanoamericano. Y en el subtítulo, Andrés-Suárez sentencia: “El cuarto género narrativo”; es decir, defiende sin matices el estatuto genérico del microrrelato y le adjudica el lugar que le corresponde en la narrativa junto a la novela, la novela corta y el cuento.

Para argumentar estos principios, la autora ofrece una amplia introducción en la que, como punto de partida, precisa el concepto de microrrelato, “texto literario en prosa, articulado en torno a dos principios básicos: hiperbrevedad y narratividad” (21-22). A partir de ahí, con suma claridad y concisión resume otros aspectos importantes: sus rasgos constitutivos en los planos discursivo, formal, temático y pragmático, que combinados e interrelacionados dotan al microrrelato de identidad propia; su doble origen a partir de la decantación de otras formas hasta llegar a adquirir su estatuto de género autónomo; y la relación entre la nomenclatura y la concepción de microrrelato que se defiende.

Una vez establecida la base teórica general, la autora aborda de manera más extensa lo verdaderamente novedoso en este estudio introductorio: el trazado completo de la evolución en el microrrelato español, que se ejemplifica con numerosos títulos de una amplia nómina de autores. Para sistematizar esta trayectoria, se establecen tres etapas fundamentales: los “Primeros pasos”, “Del final de la Guerra civil al final del siglo XX” y “El siglo XXI”. Así, se explica cómo la tendencia a la brevedad propia del Modernismo y las Vanguardias se materializa en piezas narrativas hiperbreves de

autores como Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, José Moreno Villa, Federico García Lorca, José Bergamín o Luis Buñuel. En el largo período de posguerra (1939-1975) en que se aprecia un predominio de narrativa realista, Irene Andres-Suárez señala la notable presencia de narraciones brevísimas desviadas de esta línea, tanto de autores vinculados al postismo —Fernando Arrabal, Antonio Fernández Molina, Antonio Beneyto— como de otros, entre los que estarían Tomás Borrás, Álvaro Cunqueiro, Ana María Matute, Max Aub, Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre, Gonzalo Suárez o Francisco Ayala. La autora señala el incremento de libros con predominio de microrrelatos a partir de 1987 y ordena cronológicamente obras de Alberto Escudero, Javier Tomeo, Pedro Ugarte, Luis Mateo Díez, José Jiménez Lozano, Rafael Pérez Estrada, Julia Otxoa, Juan Gracia Armendáriz, Hipólito G. Navarro y Juan José Millás. Ya en el siglo XXI, a estos cultivadores del microrrelato se suman tanto narradores consagrados —José María Merino, Juan Pedro Aparicio o Luciano G. Egido— como una abultada nómina de escritores nacidos entre 1960 y 1975 entre los que estarían, entre otros, Francisco Rodríguez Criado, Espido Freire, Fermín López Costero, Carmen Camacho, Óscar Esquivias, Manuel Moyano o José Alberto García-Avilés. Y sobre este rico panorama del microrrelato español más joven, la autora observa interesantes rasgos y tendencias: una nueva concepción de lo fantástico basada en una visión más abierta e inestable de la realidad; la filiación borgesiana, favorecida por el reconocimiento tardío que el escritor argentino ha tenido en España; cierto realismo con que se abordan problemas de la sociedad actual y del individuo que en ella se desenvuelve; el humor negro o absurdo, casi siempre teñido de ironía, sarcasmo y parodia; y la presencia de las nuevas tecnologías, no solo como medios de difusión o soportes, sino también en lo que respecta al contenido y a la forma de los microrrelatos.

Antes de pasar a la selección de textos, su elaboradora explica los criterios por los que se ha guiado, entre los que se agradece especialmente su celo respecto a las máximas de hiperbrevedad, narratividad y calidad. Y también en la “Bibliografía” se refleja el rigor en la elaboración, ya que no solo se facilita información precisa sobre el corpus de fuentes de las que proceden los microrrelatos antologados, sino también una útil selección de bibliografía crítica que se organiza en libros, números monográficos de revistas, antologías y artículos.

Los doscientos diecisiete textos que conforman la antología se ordenan cronológicamente según el momento de su publicación, de modo que se puede apreciar la evolución del microrrelato en España desde 1906, fecha del primer texto, “El joven pintor”, de Juan Ramón Jiménez, hasta 2011, año en que se publican los libros de Cristina Grandes y Manuel Espada, cuyos microrrelatos cierran la selección. Así, gracias a una cuidada anotación sobre la “Procedencia de los microrrelatos seleccionados” y a los datos cronológicos que se añaden bajo los nombres de los autores, los lectores van transitando por las etapas del género durante más de un siglo, con creaciones de escritores tan distantes en el tiempo y en la estética como Pío Baroja (1872-1956) y Lara Moreno o Raúl Sánchez Quiles, ambos nacidos en 1978. Entre los setenta y tres escritores representados por sus creaciones —de una a cinco piezas— encontramos a reconocidos y consagrados maestros del género, pero también descubrimos reveladores hallazgos, es decir, autores menos frecuentes o ausentes hasta ahora en las antologías, como José Moreno Villa, Luis Buñuel, Tomás Borrás, José María de Quinto o Carlos Almira, por poner solo unos ejemplos. El resultado es un amplio y ordenado corpus cuya diversidad permitiría establecer un completo paradigma de tendencias en el microrrelato español.

Muchas de esas tendencias quedaron explicadas y ejemplificadas en el estudio introductorio, pero nos gustaría señalar algunas piezas de la selección que destacan por su calidad y que reflejan la diversidad de tonos y enfoques que propone la elaboradora en su “Justificación metodológica” (91). La “impregnación fantástica y onírica” se aprecia, por ejemplo, en “El año que no llegó” (168), de Ana María Matute, en “Extracción de la piedra de la locura (uno)” (215), de Luis Buñuel, o en “Últimamente ocurren cosas extrañas en casa” (408), de Óscar Esquivias. Percibimos el “sentido de la extrañeza de lo cotidiano” en microrrelatos como “La visita” (287), de José Jiménez Lozano (370), “Un día cualquiera” (487), de Ginés S. Cutillas, o “La carta” (513), de Carlos Almira. “Ironía y humor negro” son rasgos sobresalientes en “Soy maestro” (174), de Max Aub, en “El infierno” (337), de Juan José Millás, o en “Córtame el nudo, Gordiano” (435), de David Roas. Aunque la experimentación es algo inherente al género, el “gusto por el experimento” se hace evidente en piezas como “Historia mínima (XXIV)” (252), de Javier Tomeo, “Numérico” (464), de Federico Fuertes Guzmán, o “Post-it” (524), de Manuel Espada. Y dis-

frutamos de un “lirismo bien medido” en textos que muestran cómo la profundidad lírica es asumida por la narratividad del microrrelato: “Enamorado” (208), de Gonzalo Suárez, “Sirena” (318), de Carmela Grebiet, o “Meditación del vampiro” (331), de Hipólito G. Navarro.

Irene Andres-Suárez afirma que toda antología “implica una selección y es en sí misma una injusticia” (93), a lo que añadiríamos que en toda selección antológica se proyecta la lectura personal y el enfoque subjetivo de su elaborador. Esta no es una excepción, por lo que es posible que otros investigadores hubieran ponderado unos hitos sobre otros para trazar la historia del microrrelato español, que algunos críticos puedan disentir del planteamiento de tendencias ofrecido o que ciertos lectores echen de menos autores y textos aparecidos en soportes digitales, en otras antologías o en libros de autor. Pero no cabe duda de que el rigor en su planteamiento y la coherencia en su elaboración hacen que *Antología del microrrelato español (1906-2011)*. *El cuarto género narrativo* sea una referencia obligada para conocer más de cien años de este género en España. En definitiva, una obra esperada y necesaria que no defraudará a los lectores.

LETICIA BUSTAMANTE VALBUENA
IES José María Pereda, Santander

Rodrigo Blanco Calderón. *Las rayas*. Caracas: Punto Cero, 2011. 144 p.

Prestigiosos galardones y una exposición habitual a los medios de comunicación de masas le han valido a Rodrigo Blanco Calderón (Caracas, 1981) abundante atención crítica tanto en Venezuela como en el exterior. El interés resulta sin duda merecido por ser la suya una obra narrativa sólida, representativa de una generación en la que no ha escaseado el talento: Enza García Arreaza, Gabriel Payares, Roberto Martínez Bachrich, Mario Morenza, Carolina Lozada y Liliana Lara son otros nombres mayores en las filas de escritores surgidos en Venezuela durante los últimos años. Tres volúmenes ha publicado Blanco Calderón hasta la fecha: *Una larga fila de hombres* (2005), *Los invencibles* (2007) y *Las rayas*. Me detendré en el último, que tiene ya dos ediciones: la mexicana (Gobierno del Estado de México, 2011), producto de la obtención del segundo lugar en el concurso Letras del Bicentenario Sor Juana Inés de la Cruz, y la venezolana.